

Cada estación de Pascua, algunos me dirán, «No puedo creer precisamente que Jesús fue resucitado en su cuerpo, en la misma forma que antes. Cuando recitemos el Credo en la misa, del “resucitó en el tercer día,” no sé si debo quedarme callado o decir las palabras aunque no estoy completamente de acuerdo, o quizás salir de la Iglesia porque no soy creyente.»

Las lecturas de hoy nos ofrecen la oportunidad de reflexionar en el carácter especial de las palabras de fe, cómo éstas son diferentes de declaraciones de noticias o hechos, y qué quiere decir «creer.»

Jesús dice, «Soy el buen pastor.» Este discurso es una meditación de la comunidad sobre la significancia de Jesús en su vida, quizás empleando unas palabras dichas por Jesús antes de la crucifixión, pero el discurso fue escrito muchos años más tarde. Ciertamente, no entendamos por estas palabras que Jesús fuera pastor, seguido por ovejas dondequiera viajara, ni tampoco que los discípulos de Jesús son ovejas. Cuando Jesús dijo, «Soy el buen pastor,» él comparaba a sí mismo con los líderes políticos y religiosos en Jerusalén, invitando al pueblo que dejaran de seguir a los que no cuidaron por los marginados y necesitados. Aunque nos consuele a veces pensar en el Buen Pastor, el sentido más importante de la imagen es la decisión de los creyentes: no temer a los poderes que manejen el mundo injusto como todavía está; la decisión para vivir por el nuevo mundo donde todos los hijos e hijas de Dios sean aceptados a su mesa.

Siempre en la Biblia, «creer» es más un asunto de cómo vivimos y tratamos los unos a los otros, que cuáles palabras recitamos. Pero, ¿Qué de las palabras? Pedro dice al concilio, «No se ha dado entre los hombres ningún otro nombre por el que debamos ser salvados.» Hay Cristianos que dicen, «Aquellos que no profesen a Jesucristo como nosotros no puedan ser salvados.» —Como si el Nombre Jesucristo fuera un talismán mágico; y Dios fuera interesado sólo en los que conocen a Jesús y no a los otros. Pero este discurso idealizado de Pedro, por San Lucas, entiende que todas nuestras imágenes, palabras, y doctrinas de Dios son propensas a servir nuestros propios intereses al fin. En cada religión incluyendo nuestra, aunque todas enseñan la paz y la justicia, creyentes han justificado odio, opresión, violencia, y guerra, en nombre de Dios. Pero cuando veamos a Jesús como representante de Dios, encontremos la corrección a nuestras justificaciones falsas. Aún entre los no-creyentes, creo que dondequiera haya un conocimiento de Jesús, en su nombre solamente es posible justificar sanación, reconciliación, y compasión. Si queremos guerra u opresión, tenemos que apelar a algún principal de «natura» o «lo divino» —pero si hablamos de Jesús, el argumento disipa.

¿Qué queremos decir, cuando digamos que él fue resucitado? —Que los poderes del mundo como está puedan hacer su peor, y el poder del amor tendrá la palabra final. Que el imperio dividirá y aplastará a la humanidad, pero a pesar de todo, el propósito y sueño del Reino de Dios será cumplido. Que Cesar nos amenace con la muerte, pero a nosotros sólo nos amenaza con la resurrección. Porque la nueva vida ya ha comenzado donde nos abramos al amor y compasión, donde recibamos el poder del Espíritu para sobrepasar las divisiones e injusticias del mundo, donde encontremos a Jesús dirigiendo e incitándonos hasta obras de curación revolucionaria en su Nombre.

*La Revda. Paula M. Jackson, La Iglesia de Nuestro Salvador, Cincinnati, Ohio*

Every Easter season, some people are going to tell me: “I just can’t believe that Jesus was raised bodily in the same form that he had before he was crucified. When we say the Creed and get to where “on the third day he rose from the dead,” I don’t know whether I should just be quiet, or say the words though I don’t quite agree, or maybe leave the Church because maybe I’m not a believer.”

Today’s lessons offer us the opportunity to consider the special character of the words of faith, how these are different from declarations of other kinds of news or facts, and what “believing” means.

Jesus said, “I am the good shepherd.” This discourse is a meditation of the community on the significance of Jesus in their life, perhaps using some words Jesus said before the crucifixion, but the discourse was written many years later. Certainly, we wouldn’t understand by these words that Jesus was a shepherd, followed by sheep wherever he went, or that his disciples are sheep. When Jesus said, “I am the good shepherd,” he was comparing himself to political and religious leaders in Jerusalem, inviting the people to quit following those who didn’t care for the marginalized and poor. Although it comforts us to think about the Good Shepherd, the most important sense of this image is the decision of the believers: not to fear the powers which run the unjust world as it is presently; the decision to live for the new world where all God’s children are welcomed at God’s table.

Always in the Bible, “believing” is more a matter of how we live and treat each other, than of what words we recite. But, what about the words? Peter says to the council, “There is given no other name given among mortals by which we must be saved.” There are Christians who say, “Those who do not profess Jesus Christ just as we do cannot be saved.” —As if the name Jesus Christ were a magic talisman; and God were interested only in those who know Jesus and no one else. But this idealized discourse of Peter, by St. Luke, understands that all our images, words, and doctrines about God are susceptible to serving our own interests in the end. In every religion including our own, although they all teach peace and justice, believers have justified hate, oppression, violence, and war, in the name of God. But when we look at Jesus as God’s representative, we find the correction to our false justifications. Even among non-believers, I think that wherever there’s some knowledge about Jesus, in his name it is possible only to justify healing, reconciliation, and compassion. If we want war or oppression, we have to appeal to some principal of “nature” or “the divine” —but if we talk about Jesus, the argument falls apart.

What do we mean, when we say he was raised from the dead? —That the powers of the world as it is can do their worst, and the power of love will have the last word. That the empire will divide and crush humanity, but in spite of it all, the purpose and dream of the Reign of God will be fulfilled. That Caesar may threaten us with death, but to us it is only the threat of resurrection. Because the new life has already begun wherever we open ourselves to love and compassion, wherever we receive the power of the Spirit to overcome the divisions and injustices of this world, wherever we encounter Jesus directing and inciting us to acts of revolutionary healing in his Name.

*The Rev. Paula M. Jackson, The Church of Our Saviour, Cincinnati, Ohio*